



EL ESPECTRO DEL NACIONALISMO

Luciano PELLICANI

I.

Parafraseando la célebre frase con la cual se inicia el *Manifiesto comunista*, se podría decir que, al menos desde hace dos siglos, ronda un espectro por Europa e incluso por todo el mundo: el espectro del nacionalismo. La izquierda ha intentado exorcizarlo, sentenciando que los partidos «proletarios no tienen patria». Pero la historia del siglo XX ha desmentido regularmente esta sentencia, más semejante a un deseo que a un hecho comprobado. No sólo el nacionalismo se ha revelado como una de las grandes fuerzas espirituales de nuestro tiempo, sino que en el seno mismo de los partidos y de los movimientos de la izquierda, aun cuando éstos se proclamaban internacionalistas, se puede vislumbrar fácilmente un fondo nacionalista, más o menos sólido, más o menos intenso, más o menos consciente, pero siempre activo. Que la izquierda es, por definición, una fuerza política internacionalista está claro. Pero la definición que ella ha dado de sí misma, ¿ha correspondido siempre a la realidad? ¿No es acaso el nacionalismo la atmósfera espiritual dentro de la cual se han formado los diferentes pueblos europeos, una atmósfera de la cual nadie, comprendida la izquierda, se ha podido escapar? Los jacobinos, según se sabe, estaban animados por una visión mesiánica, y por tanto transnacional, de la revolución; ¿no combatieron, no obstante, en una guerra nacionalista, para defender no sólo la integridad del territorio francés, sino también los derechos franceses sobre la orilla izquierda del Rin? ¿Y

qué decir de la revelación que fue 1914 para los dirigentes socialdemócratas alemanes, cuando comprobaron que la base del SPD estaba invadida por un intenso sentimiento nacionalista? Y, para dar otro ejemplo, ¿qué fue la revolución maoísta sino una violenta reacción de la humillada nación china contra el imperialismo occidental y japonés?

Estos ejemplos indican que no sólo no se puede comprender la historia política de nuestro tiempo sin tener presente el formidable poder de movilización del nacionalismo, sino que el mismo nacionalismo ha tenido al menos dos caras: una agresiva e imperialista; la otra defensiva, que reivindica, frente a una potencia extranjera, el derecho a la autodeterminación. Naturalmente la izquierda ha considerado esta cara en términos positivos. Pero lo ha hecho a menudo con cierto embarazo. Cuando ha podido, la izquierda marxista-leninista, sobre todo, ha preferido asimilar las luchas nacionales por la autodeterminación a la lucha de clase. Y éste es un modo más de exorcizar el nacionalismo, de hacerlo desaparecer del campo de percepción utilizando un recurso terminológico.

La razón del embarazo de la izquierda frente al fenómeno racionalista está clara: la izquierda ha nacido internacionalista. Sus proyectos de sociedad, cualesquiera que sean en cada momento sus contenidos específicos, han tenido una *intentio* transnacional, un horizonte al menos europeo. Una izquierda encerrada en el ámbito de los problemas de una nación particular es una contradicción en los términos, ya que uno de los elementos constitutivos de la identidad sociocultural de la izquierda es, precisamente, el internacionalismo. Por otra parte, en la medida en que la izquierda ha nacido como crítica del capitalismo no podía dejar de ser internacionalista, aunque no sea más que porque el capitalismo es, en su propia esencia, internacionalista. Aun donde la izquierda ha aceptado convivir con el capitalismo, institucionalizando el llamado «compromiso socialdemócrata», no ha perdido del todo su vocación internacionalista. De ahí, vuelvo a repetirlo, el desagrado con el que siempre ha mirado el nacionalismo. Ha visto en él un obstáculo a su proyecto de sociedad. Por lo demás, la misma idea de lucha de clases poco se concilia con el nacionalismo, lo cual indica que, por debajo de los conflictos sociales, hay una fuerza espiritual que da unidad a la sociedad, que crea vínculos de solidaridad entre los explotadores y los explotados.

Por esto se ha dicho que en nuestra época, en cierto sentido, la «religión de la nación» ha sustituido a la «religión de Dios». En resumen: el nacionalismo como encargado de la función cohesiva cumplida en el pasado por las religiones positivas, como un mito unificador, allí donde la lucha de clases tiende a alimentar en los trabajadores lo que Georges Sorel llamaba «espíritu de escisión». Por lo demás, el nacionalismo ha impuesto con el tiempo, por así

decir, sus derechos, debilitando no poco la vocación internacionalista de la izquierda. Esta, en definitiva, es la situación en que hoy nos encontramos: la izquierda ha tratado de exorcizar al espectro del nacionalismo, pero no lo ha logrado; inclusive ha terminado por ser, al menos en parte, conquistada. Muy probablemente sus ambiciones eran excesivas: quería la evaporación del sentimiento nacional, la fusión comunitaria de todos los pueblos en una única gran familia. Un deseo noble pero también irremediabilmente utópico. Quizá moderando sus aspiraciones internacionalistas la izquierda puede encontrar un punto de equilibrio entre lo ideal y la realidad. ¿Y hasta qué punto es verdad que nacionalismo e internacionalismo sean recíprocamente incompatibles?

II.

Si echamos un vistazo a la parábola histórica de la civilización europea, no podemos evitar que nos impacte la coexistencia de dos tendencias de signo opuesto: por un lado, advertimos la propensión de los pueblos individuales a cultivar sus especificidades nacionales, a aislarse, a considerarse superiores o a pretender, sin más, imponer su propia forma de vida; por otro, advertimos asimismo la propensión a considerarse parte de una gran familia cultural: Europa. La comprobación de que existía una cultura transnacional en base a la cual todos los pueblos europeos se movían, hacía ya decir a Montesquieu que *l'Europe n'est qu'une nation composée de plusieurs*. Detrás del perfil de las naciones individuales, el autor del *Esprit des lois* advertía la figura de una supernación, una gran sociedad —la sociedad europea en la cual convivían luchando los unos contra los otros, aunque a la vez trabajando juntos en la construcción de una civilización común— ingleses y alemanes, franceses y españoles, italianos y polacos.

Pues bien: esta supernación no puede percibirse si se parte de la definición que Toynbee dio de la nación: una combinación de tribalismo y de democracia. La de Toynbee es una definición bastante discutible. Ante todo porque las naciones europeas preceden en siglos el advenimiento de la democracia liberal. En segundo lugar, porque ver en la nación una tribu significa evocar la idea de una sociedad cerrada en sí misma que considera positivamente sólo su tradición cultural y rechaza todo lo que le es extraño. Es muy probable que una nación así concebida no haya existido jamás en Europa. Ni siquiera cuando España entró, después de la guerra de los treinta años, en la etapa de la «tibetización» se apartó completamente de Europa; en todo caso, tal apartamiento duró algunas generaciones y finalmente España volvió a abrirse a Europa, a considerarse parte integrante de una civilización transnacional. Las naciones europeas, en suma, han estado siempre dominadas por una doble tendencia: la tendencia a encerrarse en sí mismas y la ten-

dencia a abrirse, a dialogar entre ellas en una concorde discordia. Con ello no quiero decir que cierta cuota de exclusivismo —a veces incluso de proporciones llamativas— no haya sido un rasgo típico del nacionalismo europeo. Ni tampoco quiero decir que tal exclusivismo no haya adquirido formas muy agresivas o en todo caso muy fastidiosas. «Cada nación —apuntaba Schopenhauer— se burla de las otras, y todas tienen razón». Y cien años más tarde, Ortega y Gasset observaba que, vista desde cierta perspectiva, toda forma de nacionalismo resultaba irritante y hasta ridícula y obtusa.

Pero cada nación —y éste me parece el punto decisivo para entender la particular naturaleza del nacionalismo europeo— ha sabido cultivar el antídoto a su tribalismo. Este antídoto ha sido la conciencia —desarrollada por lo menos en el nivel de las *élites* intelectuales, políticas y económicas— de formar parte de una comunidad más amplia, de nutrirse, por así decir, de los mismos valores, de vivir en un espacio cultural común. Las *élites* europeas han cultivado siempre cierto cosmopolitismo, siempre se han sentido en la obligación de dialogar entre sí, siempre han tenido la conciencia de trabajar en una empresa común. Las ciencias, el derecho, la filosofía, las artes, se han desarrollado en un clima de cooperación a través de continuos intercambios. Tales intercambios no se han producido sólo en el plano teórico; se han realizado también en el plano práctico. Si echamos un vistazo al marco institucional en el cual viven hoy los pueblos de Europa occidental, descubrimos que presenta una homogeneidad en algunos aspectos sorprendente. El parlamento, los partidos, los sindicatos, la administración pública, el mercado, las universidades, más allá de las especificidades nacionales, parecen haber sido forjados por una única mente. Son, en realidad, el resultado de una serie de experiencias históricas comunes a todos los pueblos europeos, el resultado de una evolución larga y agitada. Sabían lo que decían aquellos emigrados checoslovacos cuando, en 1968, al dejar su país, afirmaron: «Finalmente volvemos a casa». La casa era la Europa de la libertad, de la cultura iluminista y, por qué no, del socialismo democrático: una casa construida a través de muchos conflictos, muchas tragedias, muchos experimentos no siempre exitosos. Europa, en suma, al menos a partir del Renacimiento, ha sido siempre una realidad. Europa, precisamente, como una gran familia histórica hecha de muchas naciones, orgullosas y apagadas a su identidad, pero a la vez más o menos partícipes de la misma tradición cultural, de la misma civilización.

III.

Hay otra razón por la cual la definición de Toynbee está descaminada. Como nos lo ha hecho ver Ortega y Gasset, las naciones europeas han sido ante todo y sobre todo una superación del tribalismo o, al menos, del regionalismo. Es contrario a la realidad histórica

imaginar, por dar sólo un ejemplo, que la nación española preexistiese a la constitución del Estado español. Todo lo contrario: antes de que el Estado español existiese, no tenía literalmente sentido hablar de pueblo español. Existían los castellanos, los catalanes, los vascos, que, a su vez, eran el producto de numerosos procesos de unificación de unidades más pequeñas. Las naciones no son un producto natural de la evolución histórica, sino de las construcciones político-culturales de algún modo artificiales. Han sido fabricadas en el laboratorio de la historia a través de experimentos y conflictos. Como tales, las naciones no son nunca una realidad acabada, sino algo que debe ser siempre una realidad *in fieri*, siempre inacabada, siempre por hacerse. Son, por decirlo con Ernest Renan, plebiscitos cotidianos. Dicho de otra manera, un Estado nacional es un cóctel de pueblos y de lenguas, un sistema compuesto de subsistemas que se mantienen unidos por la fuerza, por la tradición y sobre todo por un sentimiento casi místico de pertenencia. Cuando tal sentimiento de pertenencia se debilita, entonces sí reaparece el tribalismo, la tendencia de los elementos singulares a replegarse sobre sí mismos o a separarse de los otros, sin más, para vivir autárquicamente.

Así las cosas, puede decirse que el *Nation-building* y el *State-building* han sido dos grandes procesos de destrribalización o, al menos, de desregionalización. Han abierto nuevos horizontes, creado vínculos nuevos y más amplios de solidaridad. ¿Qué ha sido la formación del Estado nacional italiano sino la superación del regionalismo y la expresión de una solidaridad que trascendía el localismo?

Es interesante notar, además, que el *Nation-building* y el *State-building* no han aniquilado las especificidades regionales, sino que las han inscrito en un sistema más amplio: han demostrado que era posible crear vínculos de solidaridad en gran escala, vínculos que, partiendo de la ciudad, ascendían hacia la nación pasando por el nivel regional. Y puesto que, como ya he dicho, raramente ha disminuido cierta cuota de solidaridad transnacional, al menos en el nivel de las *élites*, sugiero representar a Europa como un sistema de cajas chinas: cada caja está contenida en una caja mayor; a su vez, cada subcultura —urbana, regional o nacional—, aun formando parte de una realidad más amplia, ha mantenido sus especificidades históricas. Si partimos de la idea durkheimiana de sociedad —la convivencia estable de individuos bajo la presión normativa de modos de pensar, de sentir y de actuar, institucionalizados— podemos decir sin duda que la sociedad europea no es un ideal —o, por lo menos, no es sólo un ideal— sino una realidad. De esta realidad, el primer elemento constitutivo es la conciencia europea. Esta se ha formado en oposición a otras entidades históricas, ajenas no tanto geográficamente como culturalmente a Europa. Como el Yo de Fichte se advierte a sí mismo al encontrarse con el no-Yo, así

Europa ha tomado conciencia de su identidad confrontándose polémicamente con las civilizaciones afroasiáticas, y de tal confrontación ha tomado conciencia de que encarna, frente al despotismo oriental, el principio de libertad. Esta conciencia ha operado como fuerza unificadora aun cuando —lo que ocurría a menudo— los pueblos europeos estaban en guerra entre sí.

En definitiva, el nacionalismo europeo ha sido siempre, o casi siempre, un nacionalismo atenuado. Con una importante y única excepción: el nacionalismo fascista y nazi que, además de ser de una agresividad fuera de lo común, ha intentado amputar los lazos que mantenían unidos a los pueblos europeos, creando un tipo de Estado basado en la negación radical y total de la tradición cultural de Occidente. No es casual que Filippo Turati haya definido el fascismo como la anti-Europa, es decir, como lo que estaba destruyendo la unidad cultural europea. Turati se sentía a la vez italiano y europeo; sentía que estaba ligado al destino del propio país pero también al de Europa; sentía que el nacionalismo fascista tendía a destruir aquella red de relaciones, de instituciones, de experiencias, de propósitos y de valores fatigosamente creada a través de los siglos y gracias a la cual el sentimiento nacional podía ser vivido en armonía con el sentimiento europeo. Por lo demás, ¿no había dicho Edward Gibbon aproximadamente que en cualquier rincón de Europa en que se encontrase un europeo no podía jamás sentirse extraño?

IV.

La imagen que he bosquejado de las relaciones entre nacionalismos europeos y unidad europea no pretende exorcizar el problema que la izquierda tiene por delante; pretende simplemente sugerir que ha habido, y continúa habiendo, un modo de cultivar el sentimiento nacional que no está en oposición con la conciencia de la unidad europea. Lamentablemente ese modo no es el predominante. Es verdad que ha desaparecido el nacionalismo agresivo, exclusivista e imperialista, que encontró en el fascismo su expresión más virulenta y peligrosa. Pero ha surgido una forma de nacionalismo implosivo, un nacionalismo animado por la convicción implícita de que la nación es una realidad autosuficiente, semejante a la mónada de Leibnitz. Pues bien: la función que la izquierda tiene por delante es reactivar su vocación europea y hacer que se vuelva dominante en todos los países la idea de que la nación, como forma de vida histórica, es ya obsoleta, privada de futuro; es una realidad que debe ascender hacia una organización transnacional de Europa. Crear los Estados Unidos de Europa —esto es lo que la izquierda debe hacer que se imponga en la conciencia popular— no significa aniquilar las especificidades nacionales y ni siquiera las regionales; significa crear, en el interior del espacio común (econó-

mico y cultural) ya existente, una confederación de unidades que aúnen voluntariamente sus reservas materiales, organizativas y humanas, para crear un sistema político supranacional.

Luciano Pellicani

La empresa —la construcción de los Estados Unidos de Europa—, aun no siendo de fácil realización, no es del todo irreal, si se tienen presentes los muchos lazos que unen a los pueblos europeos. Pero hace falta ajustar las cuentas con el nacionalismo implosivo, el cual no es sólo un obstáculo, sino también una enfermedad que ha afectado a los mismos partidos de la izquierda europea. Tales partidos deben, ante todo, volver a pensar la construcción de la democracia socialista en términos transnacionales, como una obra en la cual deben trabajar de común acuerdo, en un clima de cooperación y de confianza mutua. Este es el necesario punto de partida. De otro modo, la izquierda pierde su razón de ser, se desune y se transforma en una fuerza política sin impulso propio en cuanto está privada de un gran proyecto capaz de generar el entusiasmo y la participación popular.

Como conclusión, el nacionalismo implosivo puede ser combatido única y exclusivamente si los partidos de la Internacional Socialista se proponen como objetivo común la creación de un instrumento decisorio transnacional. En este sentido, lleva toda la razón *Leviatán* cuando escribe que el futuro de cada país europeo en particular, depende de su capacidad de federarse para situarse, unido a los otros, como un interlocutor autónomo, «capaz de atenuar los impulsos hegemónicos de los Estados Unidos, sin aceptar por ello una 'finlandización', una subordinación con respecto a la Unión Soviética. Esto exige no sólo una toma de posición exteriormente pacifista de los diferentes Estados europeos, sino también una opción europea global a favor de la autonomía en materia de seguridad colectiva para Europa occidental». De no ser así no habrá nada que pueda impedir la declinación de las naciones europeas, su degradación, por otra parte ya en estado avanzado, a entidades históricas insignificantes, en un contexto internacional caracterizado por el dominio de colosales potencias político-militares como son los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Traducción de Mario Merlino

Comunicación presentada al seminario «Socialismo y Nacionalismo» que, organizado por la Fundación Pablo Iglesias, tuvo lugar en Sigüenza el 25 y 26 de marzo de 1988.